



OBISPO DE CARTAGENA

Fiesta de San Fulgencio

Santa Iglesia Catedral. Murcia 2021

Excmos. Rvdmos. Sres. Obispos,
Mons. José Antonio Rodríguez,
Vicarios episcopales, arciprestes, delegados,
Sacerdotes, religiosos/as, seminaristas,
Hermanos laicos.

En la fiesta de san Fulgencio, en este año tan especial, me he permitido ponerme a todos vosotros, queridos hermanos sacerdotes, ante el Señor. Desde que comencé a prepararme para celebrar esta Eucaristía habéis estado muy presentes ante Nuestro Señor, vosotros, los pastores en esta Iglesia de Cartagena y también la porción del rebaño que se os ha confiado. Que san Fulgencio interceda por todos.

La crítica situación que estamos viviendo no parece ceder en corto plazo de tiempo, al contrario, sigue haciendo estragos como nos informan las autoridades sanitarias, especialmente en estas semanas. ¡Cuánto dolor e incertidumbre acarrea a tantas personas, a tantas familias y a la sociedad entera! Casi un año llevamos ya con esta experiencia y algo hemos aprendido, a respetar la urgente llamada a resguardarnos de los contagios y a colaborar con responsabilidad en este combate. Afortunadamente, la conciencia social es positiva, aunque todavía queda gente a la que le cuesta entender que con esta plaga no se puede dialogar, porque no tiene sentimientos, ni entiende de afectos, ni de amistades y, por lo tanto, la mejor defensa ante ella es protegernos para proteger.

El tema es que estamos ante una cuestión de humanidad y como cristianos debemos estar en la primera línea para ayudar a todos los hermanos, este es el mejor ejercicio de caridad, especialmente con los más frágiles y débiles. Hemos aprendido también a dar gracias por tantos profesionales y voluntarios que trabajan hasta el agotamiento y nos animan a confiar, a seguir adelante con responsabilidad, a rezar a Dios por ellos y a imitarles, dentro de nuestras posibilidades.

Entre todos los que valoramos frente a esta pandemia estáis vosotros, queridos sacerdotes, a todos vosotros que estáis sirviendo en las parroquias con generosidad y entrega, también a vosotros que se os ve dispuestos y atentos para servir en todas las formas de evangelización y caridad; porque seguís con la mano tendida constantemente y no os olvidáis de la pastoral catequética o del servicio espiritual a los enfermos y ancianos, porque siempre os mantenéis con las lámparas encendidas, vigilando para atender al necesitado con diligencia, más aún cuando vais a su encuentro, incluso antes de que os lo pidan. Gracias por el corazón samaritano de los capellanes en los centros de salud, penitenciarios, enseñanza y de caridad; a los todos los consiliarios de los movimientos y

grupos de apostolado; también doy las gracias a Dios por los religiosos y religiosas en el ejercicio de la tarea evangelizadora, iluminada por vuestros carismas; no me puedo olvidar de vosotras, religiosas contemplativas, porque mantenéis viva la llama de la contemplación y ofrecéis vuestras oraciones invocando la misericordia de Dios a favor de toda la sociedad. Gracias. Doy muchas gracias a Dios por todos vosotros laicos, comprometidos con el Evangelio, a vosotros voluntarios de gran corazón.

A vosotros, pastores, os animo a seguir fortaleciendo el interior, los vínculos de unión con Nuestro Señor en este tiempo acercándoos a Jesús, por medio de la oración y los sacramentos, especialmente la Eucaristía, porque nuestra fuerza y seguridad es Cristo, solo en Él encontramos el coraje para seguir adelante con la misión recibida. Nuestro afán como sacerdotes, consagrados y laicos es Cristo, estar atentos en medio de la tormenta, para señalar con urgencia el camino hacia Cristo a todos los hermanos, en especial a los que sufren, a los desesperanzados, a los temerosos y a los que se sienten perdidos. Recordad que fuisteis llamados para potenciar la fe de los hermanos y que escuchen estas palabras de Cristo a sus discípulos en medio de la tormenta: «¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?» (Mt 8,24) Aquellas palabras de Jesús animaron a los pobres discípulos, porque les vino a decir que, no temieran, que, si Él estaba a su lado no había razón para tener miedo, y les dio un signo: inmediatamente, con su sola palabra, calmó el viento, las olas y sus miedos.

¡Qué hermosa tarea la de un cristiano con corazón que ve! ¿No hemos consagrado nuestra vida para ayudar a encontrar el camino de la fe y del consuelo para todos? Entonces, lo primero es mantenernos firmes en la fe. Imaginad que somos víctimas de la inseguridad o estamos lejos de Dios con una fe débil, ¿cómo vamos a sostener al otro? Detrás de la debilidad viene la desconfianza y si desconfiamos, ¿para qué sirve ser un sacerdote, un consagrado o un cristiano?, es como si la sal hubiera perdido su propiedad de salar, ¿no?

Queridos hermanos, cada día se hace más necesario recuperar nuestro “amor” primero, recuperar la frescura de la vocación en aquellos primeros días cuando sentías cómo el Señor salió a tu encuentro y tú, con ese momento pusiste rumbo hacia Cristo, pusiste los cinco sentidos para escuchar su Palabra, orar en silencio ante el sagrario, para sentir latir su corazón en los débiles, tocar su carne herida en las víctimas de todas las violencias y abusos; recuperar el deseo de alimentarte con su Cuerpo y Sangre. Piensa en aquellos días cuando necesitabas estar en la Iglesia y cómo la veías como madre, como un hospital de acogida. Seguro que en los días de tu primer sí al Señor nunca se te ocurrió ver a la Iglesia como objetivo de descarga de tus amarguras. Cuando uno ve las cosas así, el problema es suyo, ya lo llevas dentro. Entonces es cuando hay que hacer silencio, serenarse, buscar a Dios.

¿Tiene el mundo arreglo? Pues, claro que sí, ¿No te acuerdas de lo que dice san Pablo? «¿Si Dios está con nosotros, ¿quién estará en contra? (...) ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿las tribulaciones la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada...?», ¿la pandemia, los confinamientos...? No, san Pablo habló claro a los Romanos: «En todas estas cosas vencemos por aquél que nos amó (...) nada podrá separarnos del amor de Dios» (Rom 8,31ss). Jesucristo instruía a la gente del cuidado y del amor que Dios tiene por cada criatura, eso siempre. Dios nos ha dado la vida y nos la ha dado para siempre, siempre está cercano, nos cuida como a hijos. Por tanto, no tengáis miedo. Pero esto hay que decirlo con la palabra y el ejemplo, ¿quién lo va a decir? Pues, sencillamente: ¡Tú! Para esto te ha elegido el Señor, deja de hacer elucubraciones de

mente, olvídate de tus problemas e intereses, de tus cosas... y ponte manos a la obra, pero, ¡ya mismo! Hasta es posible que tengamos que ir a pedir el sacramento de la Reconciliación para pedir perdón de la desesperanza o de la falta de fe.

Ánimo, que Dios siempre espera, nunca llega tarde para socorrer a sus hijos, siempre llega a tiempo, aunque sea de modo oculto o misterioso.

Queridos hermanos, en este día delante de la imagen de la Santísima Virgen de la Fuensanta, patrona de la ciudad de Murcia y su huerta, pido al Señor por vosotros, hermanos sacerdotes, por vosotros hermanos religiosos y religiosas, pido también por los seminaristas, novicios y postulantes y por todos los laicos de nuestra Iglesia de Cartagena. Os encomiendo, a los pies de las reliquias de nuestro santo patrón, para que interceda ante Nuestro Señor y nos conceda la fortaleza de la fe, confiar, caminar y no temer.

María, Reina de los Corazones, intercede por nosotros. Amén.

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena